LA ESPADA DE UN CABALLERO.

ENSAYO DRAMÁTICO

en dos actos,

ESCRITO EN VERSO

SEGUN ANTIGUOS NOBILIARIOS

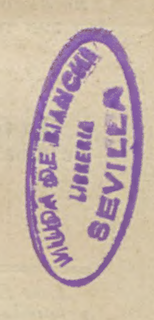
para un teatro particular

por

DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

y representado en el del Príncipe.





MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Mayo de 1846.

PERSONAS.	ACTORES.
EL DUQUE DE ALBA DON FERNANDO DE TOLEDO. . .	*Don Julian Romea.*
DOÑA LEONOR DE TOLEDO, *su hija.*	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA ELVIRA, *amiga y compañera de Leonor.* . .	*Doña Teodora Lamadrid.*
DON TELLO DE CÓRDOBA, *prometido esposo de Leonor.*	*Don Pedro Sobrado.*
DON JUAN ALFONSO DE GUZMAN, *amante de la misma.*	*Don Florencio Romea.*
ZAMORA, *criado de este.* .	*Don Antonio de Guzman.*
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE UCEDA.	*Don Antonio Alverá.*
UN ESCUDERO.	*Que canta dentro.*
DOS PAJES DEL REY. . .	*Que no hablan.*
DOS PAJES DEL DUQUE. .	
DOS CRIADOS DEL MISMO. .	
MONTEROS Y CAZADORES DE DON TELLO.	

La accion en el castillo de Uceda, prision del duque de Alba en 1580.

A la grata memoria

de su malogrado amigo

Don Pedro Tellez Giron,

DUQUE DE OSUNA.

El Autor.





Acto primero.

La escena representa una sala del castillo; en el fondo tres arcos que dan á una galería; á la izquierda del espectador una ventana que se supone caer al campo; á la derecha una puerta que comunica con las habitaciones interiores.—Hay algunos muebles no lujosos, y entre ellos una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. DOÑA LEONOR.

DUQUE. Lo que dices creyera si tu acento
demudado cual nunca, tus miradas
de turbacion, tu rostro sonrojado,
si, en fin, el lloro que tu pecho baña
mal tu grado, Leonor, no declarasen
que la verdad ocultan tus palabras.

LEONOR. ¡Ah!

DUQUE. ¿Suspiras? ¿Por qué? Templa, hija mia,
tu desconsuelo, y la ocasion aciaga
sepa tu padre.

LEONOR. Nunca: el pecho mio
dos años há, señor, que cauto guarda
tan vergonzoso, tan funesto arcano;
pocos instantes de suplicio faltan.

DUQUE. Si, mi Leonor, acerbos infortunios

sobre nosotros desde entonces cargan.
Tu hermano, bien lo sabes, olvidando
de un prematuro amor la débil llama,
otro nuevo abrigó: llanto, dehonra
deja á su amor primero, y su palabra
niega cumplir. Los deudos agraviados
cómplice me juzgaron de esta infamia,
y unidos á mis émulos acusan
de torpe villanía al duque de Alba.
Mi destierro consiguen, y en prisiones
logran poner al domador de Holanda.

LEONOR. No fuisteis vos la víctima postrera
que su encono inmoló.

DUQUE. Nuestras desgracias
crecieron cada vez: ciego tu hermano
con tal esclavitud, otra alianza
estrecha mas y mas; el cielo sabe
cuánto me opuse á verla terminada.
Bien le mostré su honor comprometido,
la cólera del rey, la injusta mancha
de su primera víctima, el desquite
á que tú te esponias.

LEONOR. ¡Desgraciada!

DUQUE. Todo, todo fué en vano: sordo, ciego,
súplicas, advertencias, amenazas
desprecia, y en secreto desposado
nuevos desmanes á su padre labra.
En la corte su enlace se publica;
su necia obstinacion la antigua saña
vuelve á encender del rey, y allá entre tanto
su víctima perece abandonada.
Mi cautiverio á Uceda transferido,
en ageno poder presa mi espada,
cual si en ella estribase mi fortuna
se acrecieron por dias mis desgracias.
Hoy solo vi del sol en el ocaso
la tibia claridad menos infausta,
y bendije su luz.

LEONOR. Yo la maldije.

DUQUE. ¿Pues qué, te opones á la union cercana
que nunca repugnaste?

LEONOR. ¡Padre mio!

DUQUE. ¿Es esta, di, de tu dolor la causa?
LEONOR. Temed, señor, temed que diga el labio
el arcano fatal que el pecho guarda.
DUQUE. Dilo: lo mando yo.
LEONOR. Mi honor lo impide.
DUQUE. Hoy que á cumplirse van las esperanzas
de dos familias, y en eterno lazo
las de Toledo y Córdoba ligadas
antes de un hora se verán, ¿lo ocultas?
Tú que eres, mi Leonor, la prenda grata
de enlace tan feliz, tú, cuya mano
nuevos amigos junta á nuestra casa,
y el amor que tuviste á su enemigo
para siempre olvidando...
LEONOR. Basta, basta;
callad, señor, callad, que ya no puedo
ocultar el dolor que me desgarra.
Sí, yo un tiempo le amé; mas nunca, nunca
esta fiera pasion borré del alma.
Cuando mi hermano ciego en su delirio
quebrantando la fé de su palabra
me sujetó á sufrir de don Alfonso
despique atroz y bárbara venganza,
vuestro ruego, señor, y su desprecio,
el deseo de verme vindicada,
un sí perjuro me arrancó del labio,
un sí que siempre contradijo el alma.
Mas tanto mueve á femeniles pechos
el orgullo abatido. ¡Ay! Esperaba
que lanzasen su amor de mi memoria
la ingratitud, el tiempo, la distancia.
Todo fué en vano, todo: el alma mia,
inútil es negarlo, lo adoraba,
aun ora mismo á mi pesar le adora;
siempre le adorará. Dios solo...
DUQUE. Calla.
¿Qué vas á pronunciar?
LEONOR. Mas no por eso
temais que rompa mi promesa infanda;
no, yo la cumpliré. Vereis en breve
doblar mi cuello á la coyunda santa;
pero en breve tambien, lejos del mundo

esquivaré la luz que Alfonso empaña.
Austera soledad, claustro desierto
me ocultarán á él.

DUQUE. ¡Necia amenaza
cuando media mi honor!

LEONOR. Un sacrificio
no es este para mí.

DUQUE. ¿Tu repugnancia
por qué primero no dijiste?

LEONOR. ¿Acaso
supe yo lo que dije? No le amaba;
mas no detesto al que será mi esposo.

DUQUE. Tello es galan, y la quietud del alma
te sabrá devolver.

LEONOR. Nunca. La dicha
huyó de mí; perdióse la esperanza;
no puedo ser feliz sin ser de Alfonso;
el mundo entero sin su amor me cansa.

DUQUE. ¿Hay mas insultos para mí? ¡Dios mio!
¿Y por una muger á mi palabra
habré yo de faltar?

LEONOR. Nuevos contrarios
no levanteis, ó duque, á vuestra fama.
Estrechad nuevo deudo con mi mano,
y gozadlo, señor, edades largas.
Y si mi proceder siente don Tello,
descargue contra mí toda su rabia,
que, cual su amor, desprecio; mas decidle
que no rehuso el tálamo instigada
por odio contra él, que tanto hiciera
si libre de su yugo respirara,
que huyo del mundo donde habita un hombre,
porque amor lo aconseja, honor lo manda;
porque no puedo amarle siendo agena,
ni ser ya suya, ni borrar del alma
su imagen y su amor: en fin, decidle
que, á no haber visto á Alfonso, yo le amara.

DUQUE. ¿Y tu amor, y la tuya y mi ventura
á objeto tan indigno la consagras?
Oye una vez siquiera: ese tu Alfonso
miró á mi lado florecer su infancia
y me llamó su padre, y este nombre

escuché con placer; yo le enseñaba
á ser fiel, generoso, compasivo,
á despreciar la intriga cortesana,
á guardar su amistad y no su enojo,
á ser esclavo fiel de su palabra,
á servir á su rey, á no adularle,
á ser un noble en fin: en las batallas
él aprendió conmigo, no en los duelos,
á blandir fuerte y ponderosa lanza,
á sujetar el potro belicoso,
y á lidiar por su rey y por su patria.
Si hoy le detesto y de su amor me olvido,
no me culpes á mí; suya es la falta.
¿Cuál ley no atropelló su necio encono?
¿Qué no inmoló al cariño de su hermana?
Todo lo olvida, todo me lo roba,
ilusiones, poder, salud, privanza:
hasta el cariño mismo de mis hijos,
hasta mi libertad, hasta mi espada.
Mira si tu dolor merece, ó solo
mi justa indignacion.

LEONOR. Padre, una gracia
os pido al despedirme: es la postrera.

DUQUE. ¿Serás esposa de don Tello?... Basta.
¿Qué pretendes de mí? Todo soy tuyo.

LEONOR. Si alguna vez Alfonso recordara
nuestro primer amor; si en algun dia
el perdon implorase á vuestras plantas,
perdonadle, señor, y sed su amigo.

DUQUE. Solo me hará su amigo...

LEONOR. ¿Qué?

DUQUE. Mi espada.

LEONOR. Padre, acordaos que nacísteis noble.

DUQUE. Tambien puede ser noble la venganza.

LEONOR. ¿Y vuestra espada solo?...

DUQUE. Ya lo he dicho;
solo mi acero logrará apagarla.

LEONOR. ¿Y si Alfonso os lo vuelve?

DUQUE. ¡Qué delirio!

LEONOR. Yo sin embargo acepto la palabra.

DUQUE. La palabra de un padre ante una hija.

LEONOR. Vos sois un caballero y yo una dama.

DUQUE. ¡Pobre Leonor! ¿Y quién ha de cumplirla?
Pero Elvira á este sitio se adelanta;
con ella puedes desahogar tu pecho,
pues, mas que amiga, bondadosa hermana
fué siempre para tí. Plegue á Dios vuelva
á tu afligido corazon la calma.

LEONOR. Ya no es posible.

DUQUE. A Dios: pero no olvides
que el cielo no aconseja tal constancia,
y que si á veces perdonar ordena,
ceder tambien, ceder, á veces manda. (*Vase.*)

ESCENA II.

LEONOR. ELVIRA.

LEONOR. ¿Has escuchado, Elvira?

ELVIRA. Sí, mi Leonor.

LEONOR. ¡Ceder!

ELVIRA. Tus ojos solamente
niegan ya lo que ven;
cambió cuanto nos cerca
la fortuna cruel.

LEONOR. Solo yo soy la misma;
solo dura mi fé.

ELVIRA. ¿Y qué importa, si en breve
habrás de prometer
fidelidad á otro hombre?

LEONOR. ¡A quien nunca estimé!

ELVIRA. Es don Tello de Córdoba
bien nacido y cortés,
y suplirá el respeto
á la ternura en él.
Valga en tí la obediencia
por el amor.

LEONOR. Tal es,
Elvira, mi destino;
callar, obedecer.
Hoy martir y mañana
perjura.

ELVIRA. ¿Tú, por qué?

LEONOR. ¿El velo que en el ara

envolverá mi sien,
cubrirá de mi pecho
la pérfida doblez?
Con el uno sumisa
y con el otro infiel,
que lo venguen los cielos
acaso temblaré.

ELVIRA. No tan severa acuses
tu mismo proceder;
es cierto que de Alfonso...

LEONOR. Tú le has nombrado ¿ves?
Do quiera que me vuelva
le he de oir, le he de ver:
la pena y la alegría,
el amor y el desden,
los juramentos mismos
que en breve escucharé...

ELVIRA. Afirmarán los tuyos.

LEONOR. Me acordarán los dél.

ELVIRA. Y, ¿no soy yo por dicha
tu amiga?

LEONOR. Di mas bien
mi hermana.

ELVIRA. ¿Pues, qué importa
que por templar la hiel
del infortunio, dejes
tus lágrimas correr
en mi pecho?

LEONOR. Algun dia
en el clima holandés
corrió asi nuestro llanto.

ELVIRA. ¡Ah! Dichosa niñez,
¿dónde fuiste?

LEONOR. ¿Te acuerdas
cuando mirto y laurel
tejíamos que fuesen
de sus hazañas prez?
¿Te acuerdas, ay? Entonces
postrado ante mis pies
eterno amor juraba.

ELVIRA. ¡Eterno... bien se ve!
Por vengar las ofensas

que hizo á su hermana Inés
tu hermano, se desdice
de su palabra.

LEONOR. ¡Infiel!
¿Con que no me amó nunca?
¿Con que un empeño fué
su cariño, y su olvido
otro empeño tambien?
Elvira, di, ¿qué es esto?
¿No hay en los hombres fé,
ó por orgullo saben
amar y aborrecer?

ELVIRA. No, mi Leonor; el mundo
tan pérfido no es
cual lo pinta el despecho,
pero yerra tambien
quien lo imagina lleno
de amor y de honradez;
solo una cosa hay cierta,
que en perdurable ley
todo pasa y se muda,
sucede al mal el bien,
al júbilo la pena
y al dolor el placer.
Tú gozarás mañana
como hoy te afliges, y él
quizás hoy te aborrece
como te amaba ayer.
Todo cambia y se muda
en contínuo vaiven.

LEONOR. Solo yo soy la misma,
solo dura mi fé.

(*Un momento de pausa: suenan dentro tres palmadas.*)

LEONOR. ¿Qué señal?... ¿Has oido?

ELVIRA. Sí por mi vida.

LEONOR. Es él:
escucha.

(*Se oye un preludio de canto acompañado de laud.*)

ELVIRA. ¿No es su acento?

LEONOR. Ilusa me engañé.

ELVIRA. (*A la ventana.*)
Algun zagal que canta

á su adorado bien,
al rayo fugitivo
del triste anochecer.
(*Cantan dentro.*)
«Rendido amante sincero
cuando eterna fé juraba,
solo por tí palpitaba
mi llagado corazon.
Un pérfido caballero
el lazo que nos unia
rompió con la villanía
de su mentida pasion.
¡Cuánto, mi bella, sufrí
por tí, por tí!»

(*Continúa la música, y suena á lo lejos una trompa de caza.*)

LEONOR. (*Representando.*)
Feliz tú que atormentado
puedes dejar un momento
tus lágrimas en el prado,
tus suspiros en el viento.
¡Ay del que en techo dorado
con risa oculta el lamento,
y no tiene en su sufrir
mas alivio que reir!
Reir. (*Cantan.*)
«Aquella fué la postrera
hora de amor y ternura;
sacrifiqué mi ventura
por obligar al traidor.
Torna, bella prisionera,
á los brazos de tu amante,
si tú le guardas constante
como él te guarda su amor.
Baste de penar aqui
por mí, por mí.»

(*Suena una trompa de caza mas cerca.*)

LEONOR. ¿Me engaña mi deseo?
¿Escuchaste?
ELVIRA. Escuché.
LEONOR. Conmigo habla la letra.
ELVIRA. Mas no la voz.

LEONOR. (*Saliendo á la ventana.*)
¿Y quién?...
Veamos.

ELVIRA. Solamente
entrando va el tropel
de la caza.

LEONOR. Don Tello
precede á todos.

ELVIRA. Pues:
mas ufano que nunca
te la viene á ofrecer.

LEONOR. ¡Ay! Escondamos pronto
estas lágrimas; él
no las entiende, y otro
las desprecia tal vez.

ELVIRA. Huyamos.

LEONOR. No, mi Elvira,
quédate aqui y preven
que me dé algun espacio
de calmarme. (*Vase por la derecha.*)

ELVIRA. Anda, ve.

ESCENA III.

ELVIRA. DON TELLO, *dentro con algunos monteros.*

ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Pobre corazon amante!

TELLO. ¡Escelente cacería!
No ha visto la Andalucía
caballo mas arrogante.
Y vosotros, buenas gentes,
acreditais vuestra fama
hay por todo este Jarama
cazadores muy valientes:
con que abur; idos con Dios.
(*A Elvira.*)
¿Adónde está su escelencia,
bella Elvira?

ELVIRA. ¡Qué impaciencia!
Guárdeos el cielo.

TELLO. Y á vos.

ELVIRA. ¿Y las reses? (*Aparte.*) Tú caerás.

TELLO. Ya vienen.

ELVIRA. ¿Y la batida?

TELLO. Al principio fementida;
pero al fin no cabe mas.
¿Quereis antes que la luz
se acabe, ver un venado
que ahora mismo he matado
con este propio arcabuz?

ELVIRA. (*Aparte.*) Ya cayó: mas tarde iré.

TELLO. En dos saltos.

ELVIRA. No: deseo
que me conteis el ojeo.

TELLO. ¿Eso os divierte?

ELVIRA. Sí á fé.

TELLO. Pues jamas os conocí
esa inclinacion.

ELVIRA. ¿Pues no?

TELLO. (*Aparte.*) ¡ Qué dichoso fuera yo
con una muger asi!

ELVIRA. Sentaos aqui: á fé mia (*Se sienta.*)
que andais en hablar reacio.

TELLO. (*Sentándose.*)
Qué, ¿quereis saber despacio?...

ELVIRA. ¿Cómo os fué en el primer dia?

TELLO. Tan solo un gato montés
maté yo y un javalí;
no vemos si no es por mi
en todo el dia una res.
Los otros dos mas felices
fueron á todos por cierto;
como que yo solo he muerto
ciento veinte y dos perdices.

ELVIRA. Pues á la mitad de España
como todo se aproveche
podeis surtir de escabeche.

TELLO. Ved una aventura estraña.
Ayer estaba en acecho
la cazadora caterba,
cuando vemos una cierva
bajando por un repecho.
La tira el primero; nada;
la tira el segundo; menos:

otro al puesto; ¡estamos buenos!
En fin, el cuarto; bobada.
Yo que cargado habia
mi arcabuz ¡caso mas raro!
lo cebo, apunto, disparo,
y yerro la puntería.

ELVIRA. ¡Buen cazador! ¡Bravo, bravo!
Solo una cosa me admira,
cómo á las perdices tira
quien yerra...

TELLO. Pues no me alabo.
Pasad por aqui la vista (*Saca un papel.*)
y vereis.

ELVIRA. Gran menudencia.

TELLO. Amiga, habiendo conciencia
se debe cazar por lista.
Y siempre fué mi opinion,
que en esto como en amar
debe un hidalgo llevar
muy buena cuenta y razon.
Dice pues: «Razon completa (*Leyendo.*)
de las piezas que alcancé,
sin contar...»

ELVIRA. ¿Qué?

TELLO. «Las que erré
por causa de mi escopeta.
Una, diez, veinte, cincuenta
perdidas en los abrojos;
item entre los rastrojos
treinta mas que son ochenta.
Diez y seis que yo maté
aunque otros las remataron,
y cuatro que otros tiraron
pero que yo rematé.»
Hacen ciento; y otras dos
que yo las tiré con bala,
pero que se fueron de ala
las maldecidas de Dios.

ELVIRA. ¡Perdiz con bala!

TELLO. Es formal:
todos conmigo lo vieron.
Y veinte que se me fueron

hacen la cuenta cabal.
ELVIRA: Pero me parece á mí
que el que esas perdices coma
no estará muy gordo.
TELLO. Toma;
pues muchos cazan asi.
Pero escuchad otro lance,
que si aquel es vergonzoso
este de puro famoso
puede salir en romance.
Ayer en un pericueto
cuando iba el sol declinando
vimos que estaban pastando
dos berracos y un paleto.
Estaban lejos aun;
déjolos venir á mi,
y cuando á tiro los vì
apunto á los tres y pun.
ELVIRA. ¿A los tres? Por vida mia
que sois cazador muy ducho.
TELLO. El maldecido cartucho
solo dos balas tenia.
ELVIRA: Bien; á bala por berraco.
¿Y el paleto se escapó?
TELLO. No por cierto, que cayó
con el golpe de mi taco.
ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Hay mentir mas singular!
TELLO. Hora recuerdo, ¿y Leonor?
ELVIRA. Aun está en el tocador.
TELLO. Tambien yo me he de mudar
el gaban de vellorí
para la boda. (*Queriendo entrar.*)
ELVIRA. (*Deteniéndole.*) ¿Y no vemos
antes la caza?
TELLO. Sí haremos.
(*Aparte.*) ¡Ay, qué muger para mí!

ESCENA IV.

DICHOS. EL ALCAIDE, *que entra por el fondo.*

ALCAIDE. Ahi teneis, don Tello, ya

el resto de la cuadrilla.

TELLO. Voy á dar á mi trahilla
de comer.

ELVIRA. ¿Y Leonor?

TELLO. ¡Ah!
Me olvidé: pero no, luego...
¿Estan hambrientos los galgos? (*Al Alcaide*

ALCAIDE. Sí lo estan; algo y aun algos.

TELLO. Escusadme, yo os lo ruego, (*A Elvira.*)
con Leonor, y pues mitiga
el Alcaide hoy la condena...

ALCAIDE. Su magestad me lo ordena.

TELLO. Decidle tambien, amiga,
al duque que venga al punto
al campo, que es lo mejor,
y alli verá con Leonor
todas las reses por junto.

ELVIRA. Tendrá miedo al javalí
y al ciervo...

TELLO. Muertos estan.

ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué marido tan galan!
(*Vase por la derecha.*)

TELLO. (*Aparte.*) ¡Ay, qué muger para mí!
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA V.

EL ALCAIDE. *Luego* DON ALFONSO *y* ZAMORA *de viaje.*

ALCAIDE. Pues, ni de Leonor se acuerda,
y dentro de pocas horas
los casarán: cómo quieren
que salgan bien estas bodas.

ZAMORA. En fin, don Alfonso, entramos,
mas por vida de Zamora
que me tueste el santo oficio
cuando yo me meta en otra...

ALCAIDE. Descansar podeis aqui,
hidalgo, pues que os abona
la salvaguardia real.

ALFONSO. Está bien.

ALCAIDE. Yo con la tropa

vuestras órdenes espero.

ALFONSO. Está bien.

ALCAIDE. ¿Y hasta qué hora
no hemos de avisar al duque?

ALFONSO. Hasta las diez.

ALCAIDE. (*A Zamora.*) Gasta pocas
razones el compañero.

ZAMORA. Tiene la voz algo ronca,
y teme que le dé el aire,
por eso tanto se emboza.

ALCAIDE. ¿Pues no cantaba hora poco
con el laud unas trovas?

ZAMORA. No tal; si fué un sangrador
natural de Calahorra
que sirve á su magestad.
Sangradores, gente loca
que cantan como canarios,
y charlan como cotorras.

ALCAIDE. ¿Manejais vos la lanceta?

ZAMORA. Ni por sueños; y si es broma,
sabed que soy peluquero
y barbero, á mucha honra.
Me llamo para serviros
el maese Juan Zamora.
Mi padre fué sacamuelas
y mi madre fué matrona
en tierra de Andalucía.
¡Téngala Dios en la gloria!
Yo he nacido en romería
y me bauticé en Astorga,
he cursado en Salamanca
y he practicado en Pamplona.
Muchos años he servido
en Flandes al rey, y ahora
de don Alfonso Guzman
soy criado, y cual su ropa
me viene el contar sus prendas
y el hilbanar sus historias.
Hablo y niego á mi sabor
mientras él calla y otorga.
Por lo que he venido á ser
para dueñas y fregonas

tan pródigo yo de lengua
como su merced de bolsa.

ALCAIDE. ¿Y os creerán por la palabra?

ZAMORA. Pues cómo, ¿no basta?

ALFONSO. Sobra. (*A Zamora.*)
(*Al Alcaide.*) Perdonad; en cuanto ha dicho,
Alcaide, el secreto importa.

ALCAIDE. Soy noble y sabré guardarlo.

ALFONSO. Primero tambien que oiga
mi mensage el duque de Alba,
fuera bueno hablar á solas
con su hija.

ALCAIDE. Si lo mandais...

ALFONSO. Os lo suplico.

ALCAIDE. En buen hora.

ALFONSO. Es de un caballero á otro
esta merced.

ALCAIDE. Tanta honra...
¿Y qué razon la diré?

ZAMORA. Pues la razon es muy obvia.
No veis que asi prevenido
por su medio el duque, toda
la sorpresa no se junta
al fin, y si mi amo logra
hacer que doña Leonor...

ALCAIDE. ¿Pues la conoce?

ZAMORA. Esa es otra:
yo os cuento á vos el motivo,
no digo que él la conozca.

ALCAIDE. ¿Pues no dijisteis?...

ZAMORA. Es claro;
que la duda, y la zozobra,
y el deseo, y la esperanza
que prevengan, si se agolpa
el susto. ¿No me entendeis?
Esto no hace en pro ni en contra.

ALFONSO. Calla en fin.

ALCAIDE. Voy al momento.
Con que le diré...

ZAMORA. ¡Qué posma!

ALFONSO. Que quiere verla un pariente
de doña Ana de Mendoza.

ALCAIDE. Si diré.

ALFONSO. Y que le va en ello
su dicha y quizá su honra.

ALCAIDE. Pues con tal apremio, viene
primero aqui que á la boda.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

ALFONSO *y* ZAMORA.

ALSONSO. Qué escucho, cielo divino.

ZAMORA. Linda figura has quedado.

ALFONSO. ¡Malhaya, amen, mi destino!

ZAMORA. No, que sino el desposado,
puedes hacer de padrino.
Yo te doy la en hora buena,
que ella es dulce ocupacion
por el refresco y la cena.

ALFONSO. ¿De burlas vienes, bufon,
cuando me mata la pena?

ZAMORA. Señor, la pena no mata,
que yo sé una medicina
facil, cómoda y barata.

ALFONSO. ¿Cuál?

ZAMORA. Propinarle á la ingrata
las naranjas de la China.

ALFONSO. ¿Con que oiste?...

ZAMORA. Sí que oí.

ALFONSO. Dijo que Leonor...

ZAMORA. Pues; que ella...

ALFONSO. ¿Se casaba hoy mismo?

ZAMORA. Sí.

ALFONSO. ¿Cómo mi amor atropella?

ZAMORA. Eso pregúntalo á ella,
porque, ¿qué me importa á mí?

ALFONSO. ¿Y me olvida?

ZAMORA. ¿Yo qué sé?

ALFONSO. Inútilmente me aflijo:
tú te burlas.

ZAMORA. ¿Yo de qué?

ALFONSO. No dijo boda.

ZAMORA. Sí dijo.

ALFONSO. ¿Pues cómo falta á mi fé?
ZAMORA. Por sobra de caridad.
ALFONSO. Esa boda es falsedad
cuando yo el juicio no pierdo.
ZAMORA. Yo no sé si tú estás cuerdo:
mas que él lo dijo es verdad.
ALFONSO. ¿Con que no hay duda en mi mengua?
¿Con que es traidora Leonor?
¡Ay! Primero que el dolor
dicte agravios á la lengua
salga del pecho su amor.
Sal, pasion que yo nutria
desde mi angélica edad,
y como en el alma ardía
pensaba que llegaria
con ella á la eternidad.
Sal, ensueño de placer,
sal, ilusion de la infancia,
sal ya para no volver;
pues no cabe la constancia
en corazon de muger.
ZAMORA. Dejando toda esa sal
allá para San Anton,
di, ¿por qué llevas á mal,
si te da á tí el corazon,
que dé la mano á un rival?
ALFONSO. Calla.
ZAMORA. Ya callo, señor.
ALFONSO. Mas no, dame por consuelos
las perfidias de Leonor,
á ver si muere mi amor
con la herida de mis celos.
ZAMORA. ¿Celos tienes? ¿Eso mas?
¿Pues no diste tú el motivo?
ALFONSO. Yo pude ser vengativo,
pero pérfido jamas:
mi rencor el cielo abona.
ZAMORA. Pardiez que es estrafalario;
cuando está el duque en chirona
por ti, empeñas tu persona
por la suya; y al contrario,
cuando cediendo á tu ruego,

el rey viene en perdonarle,
vienes por la posta y luego
te empeñas en arrullarle
con tus cantares de ciego.
Señor, si de ese linage
vuestra venganza ha de ser,
en tomando otro mensage
será prudente el traer
un cantor en vez de page,
y músicos por sirvientes.

ALFONSO. ¡Que, conociendo mi historia,
de ese modo me atormentes!

ZAMORA. Cuando el escribirla intentes
yo la diré de memoria.
(*Alfonso se sienta á escribir.*)
Cuando fuiste militar
allá en Flandes con el duque,
su hija te logró prendar;
y el viejo intentó casar
á su hijo, asi, de retruque.
Era el mancebo cortés,
y tu hermana doña Inés
vino á quererle.

ALFONSO. (*Aparte.*) ¡Malvado!

ZAMORA. Y... Dios la haya perdonado,
fuisteis á Madrid despues.
Por no sé cuál cortesana
planta á Inés el don Fadrique.
Tú á doña Leonor su hermana
replantas, y ella en despique
te trasplantará mañana.
Pues hora, señor, decid,
ya que hemos visto el plantel,
que mal año no es de vid.
¿No es mejor sin mas tropel
que volvamos á Madrid?

ALFONSO. (*Levantándose.*) Si tengo palabra dada
al rey, ¿por qué me importunas?
Yo he de cumplir mi embajada
á las diez.

ZAMORA. Hora menguada
para quien está en ayunas.

Diez leguas hay no completas
desde Madrid; ¡y tal prisa!
Mal rayo en tus estafetas,
estoy por morir de risa;
sino muero de agujetas.

ALFONSO. Yo por ver á esa traidora
desde la corte volé;
mas no imagines, Zamora,
que es porque el alma la adora;
porque mediaba mi fé.

ZAMORA. Pues ya, ¿por qué estás reacio?
¿Hay mas que llegar, señor,
y aflojar el cartapacio,
y volver?

ALFONSO. Vamos á espacio,
que ahora media mi honor.
Si en pos de un bien ideal
vine á Uceda...

ZAMORA. Harto á mi costa.

ALFONSO. No porque encuentro mi mal
he de volver por la posta
las espaldas á un rival.

ZAMORA. Mirad que en mal tan estraño
antes que se agrave el daño
tomar aires es prudente.

ALFONSO. El remedio mas urgente
es, Zamora, el desengaño.
Si Leonor libre me olvida
goce su amor en buen hora
por toda una larga vida,
que no ha de ser mi homicida
el desden de una traidora.
Mas si humilla su razon
á tirana autoridad,
librarla es mi obligacion;
róbenme su corazon,
pero no su voluntad.
Mas esto yo lo he de oir,
lo he de ver, lo he de palpar,
Zamora, no hay que decir;
de Uceda no he de partir,
ó me he de desengañar.

ZAMORA. ¿De qué modo?
ALFONSO. (*Yéndose.*) Ese papel
(*Señalando á la mesa.*)
has de entregar ahora mismo.
ZAMORA. Mucho me huele á cordel
tan intrincado embolismo.
¿Y á quién lo he de dar?
ALFONSO. A él.
(*Desde fuera.*)

ESCENA VII.

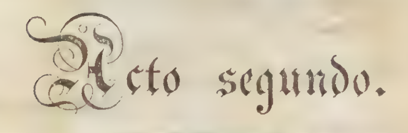
ZAMORA.

Oye, señor; buena es esta;
su locura es manifiesta;
aqui me deja un papel
en blanco, y da por respuesta
que está dirigido *á él.*
Si esto fuera su caudal
hay presuncion muy legal
de que me lo daba á mi;
que los hidalgos asi
hablan en impersonal.
Mas no; que daba furioso
en cada línea un suspiro,
y... yo soy escrupuloso;
no es esta letra de giro
cuando no se ve el endoso.
¡Vaya una ocurrencia rara!
¿Si será para su bella?
Mas mi magin no repara
que solo una cosa hay clara,
que siendo *á él* no es á ella.
Mejor es que no lo entregue...
que pregunte... que despliegue...
y lea... no; guarda, Pablo.
Pues lo encajo, voto al diablo,
al primero que se llegue.
Digo que en su propia mano
lo dejé, y ruede la bola;
y estando en blanco, ¿no es llano

que cuadra á cualquier cristiano
menos á un bozal de Angola.
Pues ánimo, no hay cuartel
para el que pase el cancel,
y antes que rompa la nema
me escurro y digo con flema:
«contéstele usted *á él.*»
(*Se va lentamente hácia el fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





Acto segundo.

El teatro representa las inmediaciones del castillo de Uceda, cuyo rastrillo puede verse en el fondo; hay una cruz de piedra en medio; á la derecha del espectador una capilla ó ermita; por todas partes árboles. Es de noche: puede verse la luna.

ESCENA PRIMERA.

EL ALDAIDE *y* LEONOR, *que vienen como del castillo.*

LEONOR. Todo el castillo en vano he recorrido
y á ninguno he encontrado:
infiero, Alcaide, que nos han burlado.
ALCAIDE. Y con todo está aqui.
LEONOR. Pierdo el sentido.
Dulce credulidad, ¿por qué me engañas?
ALCAIDE. Digo que he visto al hombre.
LEONOR. ¿Y vos le conoceis?
ALCAIDE. Tal es su nombre,
que, cual yo, le conocen las Españas.
LEONOR. De eso no mas infiero
que es noble.
ALCAIDE. Y muy cumplido caballero,
que grande influjo con la corte goza
por deudo de doña Ana de Mendoza.
LEONOR. Será (de ella lo temo) algun espía

que de nuevo conspire en nuestro daño.

ALCAIDE. Guárdeos el cielo á vos de un desengaño, que de eso os guarda la nobleza mia.

LEONOR. No vale esa porfía la necia pretension de algun prolijo, que una limosna asi tal vez procura.

ALCAIDE. Mal lo daba á entender cuando me dijo que el veros importaba...

LEONOR. ¿A qué?

ALCAIDE. A vuestra ventura, y á vuestro honor quizás.

LEONOR. ¿De eso se alaba? Luego yo le conozco.

ALCAIDE. Demasiado.

LEONOR. ¿Es, en fin, un contrario ó un amigo? Decid.

ALCAIDE. Dije sobrado. Lo que callo juzgad por lo que digo.

LEONOR. (*Viendo venir á don Tello.*) Don Tello. ¿Es él? (*Al Alcaide.*)

ALCAIDE. (*Yéndose.*) Su nombre es un secreto; mi honor está empeñado, y yo cumplo, Leonor, lo que prometo. (*Vase.*)

ESCENA II.

LEONOR. DON TELLO, *entrando por el fondo.*

LEONOR. Es él.

TELLO. Esquiva señora, en fin os pude encontrar.

LEONOR. ¿Vos me venís á buscar?

TELLO. Os busca quien os adora. Mientras que el duque y Elvira contemplan la caza allí, os tengo que hablar.

LEONOR. ¿Vos?

TELLO. Sí.

LEONOR. El alma apenas respira.

TELLO. El corazon se alboroza, mi Leonor, viéndoos presente.

LEONOR. ¿Sois acaso?...

TELLO. ¿Qué?

LEONOR. ¿Pariente
de doña Ana de Mendoza?

TELLO. Sí, por mi dicha, lo soy.
¿Qué, ya os dijeron?...

LEONOR. Es llano
que sí.

TELLO. Como nunca ufano
con ese título estoy.

LEONOR. ¿De eso os valeis?

TELLO. Claro está;
y ella con su mediacion
levantará la prision
al duque; ¿lo entendeis?

LEONOR. Ya.

TELLO. Por sorprenderos ha sido
el ocultar mi privanza.
Perdona esta confianza
al que va á ser tu marido,
mi bella ingrata. (*Con familiaridad.*)

LEONOR. Señor,
cuando de ese modo hablais,
de vos mismo os olvidais,
y olvidais que soy Leonor.

TELLO. Me placen por cierto y mucho
tan desdeñosos estremos,
porque es tiempo, en fin, que hablemos
con franqueza.

LEONOR. Ya os escucho.

TELLO. Sois vos dama principal,
y yo rico hombre nací.

LEONOR. No hay por qué mentar aqui
nuestra condicion.

TELLO. Es tal,
que vuestro padre y el mio
estas bodas concertaron,
y en ello no consultaron
ni el vuestro, ni mi albedrío.
Con todo fué gran favor
darme tan digna consorte,
y público ya en la corte
es en mí punto de honor.

LEONOR. Tal confesion me dispensa,
don Tello, á mí de razones,
pues sobran reconvenciones
donde es tan clara la ofensa.
Ofensa, dije, no tal;
gozais favor, y es humano
tender compasiva mano
por alivio á nuestro mal.
Asi dijísteis, señor,
en medio á vuestra fortuna,
si me he de casar con una,
bien venga doña Leonor.
Su padre en prision está,
mas si yo la envidia acallo,
torno al rey un buen vasallo,
y el rey me lo pagará.
Asi mi favor lo salva,
asi en un punto consigo
tener al rey por amigo,
y por padre al duque de Alba.
Y acredito mi poder,
y mi amor, y mi porfía...
pero, señor, en un dia
fuera sobrado placer.
Y aunque es liviano favor
tenerme á mí por consorte,
lo que es público en la corte
no es en mí punto de honor.

TELLO. Vos repetís...

LEONOR. Claro es ello.

TELLO. Pues si de ese modo hablais,
de vos misma os olvidais,
y olvidais que soy don Tello.

LEONOR. Yo me admiro á la verdad
del que aspira á ser valido
que tenga con el caido
tanta generosidad.

TELLO. Sincero, sino benigno,
hable, Leonor, vuestro labio.

LEONOR. Me duele haceros agravio.

TELLO. Ni dél, señora, soy digno,
que si contraria á mi fe

fuese vuestra voluntad,
dando al duque libertad,
la vuestra respetaré.
Que no soy tan temerario
como Alfonso de Guzman,
que siendo vuestro galan
se tornó vuestro contrario.

LEONOR. No lo teneis que nombrar,
porque me doy á entender
que mal puede aborrecer
el que nunca pudo amar.

TELLO. Cierto que en tiernos amores
me doy, Leonor, mala traza;
pero decidme, en la caza
¿quién viste vuestros colores?
¿Quién me ha aventajado á mí
en destreza ni en valor?
¿Quién ha cazado mejor
ya el cerdoso javalí,
que el prado y el monte asombra,
porque vos gustárais dél;
ya el lobo, porque su piel
os pueda servir de alfombra?
Y si á dar al cielo enojos
mi rápido halcon lanzaba,
parece que me elevaba
al azul de vuestros ojos.
Y mil veces en el valle
á la cierva perdoné,
porque en ella recordé
la esbeltez de vuestro talle.
Nunca empero he conseguido
que premiáseis mi cuidado;
mas como me vi envidiado,
me juzgué favorecido.

LEONOR. Don Tello, ese proceder...

TELLO. Tal vez lo acusais de necio.

LEONOR. No; que á veces el desprecio
obliga mas á querer.

TELLO. ¿Me despreciais?

LEONOR. No, por Dios.

TELLO. ¿Es compasion?

LEONOR. Quizá sí.
TELLO. ¿Cómo?
LEONOR. Porque conocí
quien padeció como vos.
TELLO. Hace de esto mas de un año,
y es tiempo, por vida mia,
de que logre mi porfía
gratitud ó desengaño.
LEONOR. ¡Gratitud! La mereceis
si en el mundo se encontrara,
pero en cambio cara á cara
el desengaño hallareis.
TELLO. ¿Y qué me quiere decir
esa confusa razon?
LEONOR. Què está seco el corazon
que vos quereis esprimir.
TELLO. Mis cariñosos estremos
le volverán á animar.
LEONOR. Don Tello, desde el altar
fuerza será que busquemos
vos en la corte morada,
y yo en el claustro un asilo,
y asi vivireis tranquilo
y yo moriré olvidada...
TELLO. De Alfonso, que en conclusion
vos le amais.
LEONOR. No; le aborrezco.
TELLO. ¿Y yo, Leonor, no merezco?...
LEONOR. Mereceis mi estimacion.
TELLO. Mi anhelo cumplido está
con tal favor.
LEONOR. No os desdeño;
la boda es en vos empeño,
y en mí obediencia será.
TELLO. ¿Empeño? Afecto mas puro
nunca un hermano sintió.
LEONOR. Y para premiarlo yo,
serélo tuya, lo juro.

(*Leonor tiende la mano á don Tello; este la besa: l[a] acompaña hasta la salida del fondo. Zamora ha oid[o] las últimas palabras.*)

A Dios. (*Vase por el fondo.*)

TELLO. A Dios. Mi ternura
vencerá tanto rigor,
que todo lo vence amor
y todo el tiempo lo cura.
Veamos al duque en tanto
y acábense en fin las bodas:
si de este modo son todas,
vive Dios que es un encanto.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

ZAMORA.

ZAMORA. Seré tuya, lo juro; (*Remedando.*)
podeis dormir, amigo, muy seguro.
¡Que no esté aquí, mal año,
don Alfonso, que busca un desengaño
con sus ojos mortales
despues de andar diez leguas capitales!
Pues vóiselo á contar porque se enoje,
que mientras él se desespera y gime,
otro á tientas las coge,
y en blanca mano su bocaza imprime.
¿Y si luego se ofende,
y conmigo la emprende
como me tiene á mano,
y me da de embustero y de villano?
Callar es mas conciso;
callemos esta vez y vaya en gracia.
¡Oh! Digan lo que quieran, es preciso
para lacayo mucha diplomacia.
Y yo la tengo, como soy Zamora,
¿quién lo puede dudar? Con qué donaire
en medio de la turba cazadora,
que con marcial desgaire
mentiras mil ensarta
el borgoñon mostacho retorciendo,
fuí la vista tendiendo;
hasta que al fin encomendé mi carta
á aquel ilustre anciano
que la tomó con temblorosa mano,
concertando muy bien, cual pude vello,

la blancura del sobre y del cabello.
Y con sonrisa fria
dile, me dijo, al noble que te envia,
que frente á la muralla
lo que pretende encontrará sin duda,
que lo puede afirmar quien le saluda,
aunque, como él, hasta su nombre calla.
Digo, la cosa es ruda,
pero si busca Alfonso temerario
su muerte, fué prudente mi eficacia
en darle aquel vejete por contrario:
dígase lo que quiera, es necesario
para lacayo mucha diplomacia.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE *y* DON TELLO, *que vienen por la izquierda del fondo.*

TELLO. ¿Qué os parecen mis corceles?
DUQUE. Me parecen corredores.
TELLO. Pues no digo mis lebreles...
No los tiene el rey mejores,
mas pintados, ni mas fieles.
Ni otro arcabuz mas certero
hay, ni ballesta mas fina.
DUQUE. Yo de las armas prefiero
esa espada damasquina
con su cinturon de cuero.
TELLO. Puesto que tanto os agrada,
tomadla.
DUQUE. Bien empleada
está.
TELLO. Satisfecho quedo
con que maneje mi espada
don Fernando de Toledo.
DUQUE. Aunque libre en ello soy,
ya sabeis que no la ciño
des que prisionero estoy.
TELLO. Pues buen remedio; por hoy

hace escepcion mi cariño.
(*Se quita el cinturon.*)

DUQUE. Quitad; que en cintura anciana
que ya el infortunio inclina,
pierde su temple.

TELLO. Lo gana
si, amen de ser damasquina,
siendo vuestra, es toledana.
Demas que si un caballero
solo es avaro de honor,
este un cambio considero,
yo os doy el mio en mi acero,
y vos el vuestro en Leonor.
Aquesto ha de ser asi.

(*Ciñe al duque su espada, y del cinturon de este se cae al suelo un papel.*)

DUQUE. Me obliga vuestra fineza.

TELLO. Dejad eso, y mi destreza
alabad. ¡Qué jabalí!
¡Y qué ciervo!

DUQUE. Brava pieza.

ESCENA V.

DICHOS. ELVIRA, *que sale por la derecha.*

ELVIRA. Nada, en todo el bosquecillo
no he encontrado á mi señora.

DUQUE. Ya se habrá vuelto al castillo.

TELLO. ¿Quién?

DUQUE. Leonor.

TELLO. Por el rastrillo
la fui yo sirviendo ahora.

DUQUE. Me place. ¿Con que venis? (*Yéndose.*)

ELVIRA. Vamos.

DUQUE. (*Aparte.*) Callemos la ira.

TELLO. ¿Deciais?

ELVIRA. ¿Qué?

DUQUE. (*Queriéndolos apartar.*) ¿No os vestís?

TELLO. Sí tal.

DUQUE. Ya os espero.

(*Vase por la derecha hácia el rastrillo.*)

TELLO. (*A Elvira.*) Elvira,
¿qué de mi caza decís?

ESCENA VI.

ELVIRA. DON TELLO.

ELVIRA. Digo que sois cazador.
TELLO. Como que esa es mi manía.
(*Recoge el papel que se le cayó al duque.*)
La caza, el campo, Leonor.
ELVIRA. ¡Estraña galantería!
TELLO. Mucho me priva su amor.
ELVIRA. Mal lo acredita, don Tello,
ese vivir montaraz.
TELLO. Presumo yo que con ello
se consigue...
ELVIRA. ¿Qué?
TELLO. Mas paz
que no con el sexo bello.
ELVIRA. ¿Eso decís?... puede ser...
TELLO. Y tanto... pero no aprecio...
ELVIRA. ¿Al amor?
TELLO. A la muger:
muchas veces *el desprecio*
la obliga mas á querer.
ELVIRA. Esa es regla equivocada,
porque á todos en el mundo
cuando amamos nos agrada
un imperio sin segundo
sobre la persona amada.
TELLO. Testigo de ello Leonor,
hace un momento que aqui
me decia...
ELVIRA. ¿Qué, señor,
teneis ya celos?
TELLO. Yo, sí.
ELVIRA. ¿De qué?
TELLO. De su tocador.
ELVIRA. Sed fino, sed complaciente,
con todo el mundo callado,
y si en la caza valiente,

cerca del objeto amado
ni tímido ni insolente.
No pequeis de presumido,
ni deis vuestro amor jamas
por una liebre al olvido,
vereis cómo os quieren mas
que al tocador y al prendido.

TELLO. ¡Cuánto mejor es corriendo
seguir entre los abrojos
la cierva, y luego volviendo
presentarla por despojos
á su belleza diciendo:
entre la turba ojeadora,
vestido con tu color,
esa res maté, señora,
por conseguir el favor
de que la mires ahora!

ELVIRA. Eso, sí, muy bueno es,
pero permitid que os diga
que en el amante interes...

TELLO. ¿Qué?

ELVIRA. Que mucho mas obliga
esa arenga que la res.
Oid; con raras proezas
muestran unos sus pasiones,
y conquistan las bellezas
no dando los corazones,
mas perdiendo las cabezas.
Sufre otro su esclavitud
sin ver á la dama el talle,
rondando con el laud
en fria noche su calle
á costa de la salud.
Otro con diverso intento
pasa las noches en vela,
y se da por muy contento
si declara en una esquela
su atrevido pensamiento.
Otro piensa menos bien,
y por no sé cuál desden
de su dama fementida,
da fin á su triste vida...

TELLO. Requiescat in pace. Amen.
ELVIRA. Ser amado sin amar
aun puede ser; pero hallar
dama que se estime en algo,
y la dejeis por un galgo
y os quiera, eso es delirar.
TELLO. Bien, concedo; me acomodo;
por eso no ya riñamos;
cada cual quiere á su modo,
pero si bien lo miramos
una misma cosa es todo.
Sois cual las aves del cielo;
el uno las tira al vuelo,
otro caza al perdigon,
y con red, y con señuelo,
y con liga, y con halcon.
Yo gusto mas del ojeo:
cada cual tiene su traza;
cambia el modo y no el deseo,
porque, Elvira, á lo que veo
todos gustan de la caza.

ESCENA VII.

DICHOS. EL DUQUE, *que vuelve por donde se fué.*

DUQUE. ¿Aun estais aqui los dos?
Despachad, que es ya muy tarde.
ELVIRA. Cierto, voy.
TELLO. Quedad con Dios.
DUQUE. Él vuestra ventura guarde.
(*Aparte.*) Mientras que yo os guardo á vos.
(*Doña Elvira y don Tello se van hácia el castillo.*)
TELLO. (*Volviendo.*) Vaya si estoy distraido;
cuando la espada os he dado
este papel se ha caido.
Perdonad... (*Dándole el papel.*)
DUQUE. ¿Le habeis leido?
TELLO. ¿Os burlais?
DUQUE. No está cerrado.
TELLO. El papel mas baladí
es un misterio á mi celo

si no se dirige á mí.

DUQUE. No hay misterio alguno.

TELLO. Asi
está bien, guárdeos el cielo.

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

El papel mas baladí
es un misterio á tu celo...
¡Ay! Si corrieras el velo
del que hay encubierto aquí.
Pero si mal lo leí...
No... meditemos mejor...
Pero es en vano, su albor
guarda la luna entre nieblas:
no importa, que aun en tinieblas
alumbra mi pundonor.
(*Recitando el papel que tiene en la mano.*)
«Sepa quien atropellar
intenta á doña Leonor,
que la defiende el amor
aun á los pies del altar.
Y en prueba de que dudar
de tanta verdad no debe,
el que á librarla se atreve
está dentro del castillo,
y le espera en el rastrillo
con espada hoy á las nueve.»
(*Representando.*)
Papel, en vano medito
por descubrir tu ocasion,
que aunque es negra tu intencion
es blanco tu sobrescrito.
¡Cielos, tan claro el delito,
y tan oscuro el sugeto!
Pues calle el labio discreto
lo que á sospechar alcanza,
que si importa la venganza,
importa mas el secreto.
Mas ¿qué aprovecha el callar,

cuando amenaza el aleve
con que á librarla se atreve
aun á los pies del altar?
Mejor es anticipar
á su crimen su castigo;
pero si á don Tello obligo
á salir en su defensa,
yo propio á mi propia ofensa
vengo á juntar un testigo.
Callemos; mas si callado
á don Tello el lance oculto,
mejor le mata el insulto
consentido que vengado;
que si por desavisado
no hace de su esfuerzo alarde
le tendrán por un... no tarde,
que no ha de llevar mi nombre
el que delante de otro hombre
pueda pasar por cobarde.
A mas, que se colegia
del esmero del doncel
en ocultarme el papel
que á mí no se dirigía;
pero ya es necia porfía,
¿no es cierto que yo lo abrí?
¿no nombran á mi hija? Si;
bien claro dice Leonor.
¿Y no guardo yo su honor?
Luego se dirige á mí.
Mas si á don Tello retó
y yo le usurpo el lugar,
tal vez le pueda vengar,
mas desagraviarle, no.
¡Cielos! ¿Cómo saldré yo
de esta duda en que batallo?
Que aunque dos salidas hallo
honor las cierra al momento;
si hablo á mi Leonor afrento,
y á su marido si callo.
Avisarle es cosa honrada...
y callar es lo mas sabio...
Solo se borra un agravio

con la sangre ó con la espada
de la persona agraviada... —
¿Y no es mi agravio primero?
Pero, cielos, ¿qué mas quiero?
(*Tropezando con el puño de la espada.*)
Entrambos fines consigo
si confundo á mi enemigo
con mi brazo y con su acero.

ESCENA IX.

EL DUQUE. ALFONSO *y* ZAMORA, *que salen embozados por la izquierda del fondo; está del todo oscuro.*

DUQUE. Hola, oigamos. (*Retirándose á la derecha.*)
ZAMORA. (*Aparte á Alfonso.*) Di tu esquela.
ALFONSO. ¿Y respondió?
ZAMORA. De palabra.
ALFONSO. Mas quién es el...
ZAMORA. Claro es, él,
aquel mismo de tu carta;
pero este es el sitio.
ALFONSO. ¿Cuál?
ZAMORA. Donde yo vi tu desgracia.
ALFONSO. Bien dices... ¿Con que aqui fué?...
ZAMORA. Donde ambos se tuteaban,
donde ella dijo soy tuya,
donde él la mostró sus ansias,
donde ella le dió la mano,
donde él la besó, don...
ALFONSO. Basta;
que si aqui ha sido la ofensa,
aqui será la venganza.
DUQUE. (*Aparte.*) El es sin duda... esa voz...
No sé qué recuerdo...
ALFONSO. (*A Zamora.*) Calla;
¿no sientes?...
ZAMORA. ¿Cómo si siento?
Cinco hay entre aquellas ramas.
ALFONSO. Llégate á ver.
ZAMORA. Si está á oscuras.
DUQUE. (*Alto.*) ¿Quién va?

ALFONSO. (*A Zamora.*) Responde tú.
ZAMORA. España.
ALFONSO. Necio, vive Dios.
ZAMORA. ¿Pues yo
toco aqui pito ni flauta?
Responded vos.
ALFONSO. Yo no puedo
descubrirme.
DUQUE. Mucho tardan.
ZAMORA. Ved que es pecado mortal
negar á un prójimo el habla.
ALFONSO. Haz, en fin, lo que te he dicho.
ZAMORA. Si aqui muero, tú la pagas.
Chit, chit. (*Llamando.*)
DUQUE. Alguno se acerca.
ZAMORA. Guárdame tú las espaldas. (*A Alfonso.*)
Señor, mi amo, que no yo, (*Al duque.*)
diz que os ha escrito una carta.
DUQUE. Ya le traigo la respuesta
en la punta de la espada.
ZAMORA. Quedito, que hay mas que hacer.
DUQUE. ¿Qué?
ZAMORA. Dice que si le matas...
que le entierren.
DUQUE. ¡Vive el cielo!
ZAMORA. Y que alli junto á la daga
lleva un papel...
DUQUE. Despachad.
ZAMORA. Y á nombre del rey os manda...
DUQUE. ¿Del rey?
ZAMORA. Sí, que lo entregueis
á las diez al duque de Alba.
DUQUE. ¿Qué escucho? ¿Al duque?
ZAMORA. Lo que oyes.
DUQUE. Sí lo haré. ¿No hay mas?
ZAMORA. Cachaza.
Item, aqui va el remiendo. (*Aparte.*)
Que sus ropas, sus alhajas
y cuanto deje de monta,
menos sus deudas, me caigan
en herencia.
DUQUE. ¡Qué prolijo!

ZAMORA. Y que si él te descalabra
has de confesar que es suya
doña Leonor.

DUQUE. Basta, basta,
que eso es mentira.
(Tira la espada, y va á él.)

ZAMORA. ¡Ay de mí!
Que viene, señor.

ALFONSO. En guardia.
(Saca la espada.)

DUQUE. Muere, impostor. *(Riñen.)*

ALFONSO. Bien esgrime,
pero recio. *(Se rompe la espada del duque.)*

DUQUE. ¡Suerte infausta!
La hoja estalló.

ALFONSO. Pues la mia
tomad hasta ensangrentarla,
que para hacerme justicia
la de mi escudero basta.

(Dale su espada, y toma la de Zamora; este recoge del suelo las mitades de la que se rompió.)

DUQUE. Notable accion.

ALFONSO. ¿Estais ya?

DUQUE. Ya estoy; mil veces malhaya,
(Riñen de nuevo.)
amen, quien la propia ofensa
venga con agenas armas.

ZAMORA. Contra gente tan bravía,
¿qué ha de hacer un medio espada?
¿El qué? saltar la barrera,
que ya hay caballero en plaza. *(Vase.)*

ESCENA X.

DICHOS, *menos* ZAMORA. LEONOR, *dentro.*

LEONOR. *(Dentro.)* Padre mio.

DUQUE. Mi hija. ¡Ay, triste!

ALFONSO. Su padre; huyamos. *(Se retira.)*

DUQUE. Aguarda. *(Siguiéndole.)*
(Alfonso se esconde entre unos árboles.)
¿Dónde estás?

ALFONSO. (*Aparte.*) Si aqui pudiera
siquiera un momento hablarla.

ESCENA XI.

EL DUQUE, *solo.* ALFONSO, *escondido.*

DUQUE. ¡Cielos! ¿Qué enemigo es este?
Al principio tanta rabia
que, al darme su espada misma,
tomad hasta ensangrentarla,
me dice, tan generoso
que perdona á quien desarma;
¿y ahora humano ó cobarde
vuelve al peligro la cara
tan veloz, que ni aun descubro
si me obliga, ó si me agravia,
si me teme, ó me desprecia?
¡Oh, cien mil veces malhaya
quien venga la ofensa propia
fiado en agenas armas!
(*Arroja al suelo la espada.*)

ESCENA XII.

DICHOS. LEONOR, *vestida de boda, muy agitada.*

LEONOR. Padre, en fin os encuentro.
DUQUE. ¿Me buscabas?
LEONOR. ¿Qué, al fin, padre, han huido?
DUQUE. ¿Quién?
LEONOR. Ahora, aqui dentro...
El... Qué, ¿no habeis oido
dos espadas?
DUQUE. Ensueño que ha fingido
tu acalorada mente.
LEONOR. Sueño será, mas ¡ay! sueño cruento.
Yo vi el resplandeciente
acero hendir el viento,
y casi ¡ay triste! conocí su acento.
Y luego acelerada
una sombra rozando mi vestido

pasó en esa enramada;
luego apliqué el oido,
y aqui en mi corazon sentí un gemido.
¡Ensueño! ¿Y por qué viene
cuando ya el alma de temor agena
al ara se previene?
¿Cuando ya está serena,
por qué su grito funeral resuena?

DUQUE. Hija mia, al mirarte,
grita, mas que mi honor, naturaleza;
mal podré confortarte,
ni, cual te di nobleza,
infundirte valor y fortaleza.

LEONOR. Eternos juramentos
en breve me unirán á quien adoro.
(*Mirando al cielo.*)
Padre, en tales momentos...

ALFONSO. (*Aparte.*) ¡Pérfida!

LEONOR. No tu lloro,
sino tu santa bendicion imploro.
(*Se arrodilla.*)

DUQUE. (*Estendiendo sobre ella las manos.*)
Leonor, yo te bendigo;
eterno, sabio, inmenso, omnipotente,
concédela conmigo
tu bendicion clemente.
Tu maldicion persiga al delincuente.

(*Comienzan á dar las diez. Leonor, viendo en el suelo la espada, y oyendo la campana, se levanta fuera de sí.*)

ALFONSO. (*Aparte.*) ¡Ay de mí! (*Se va.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* ALFONSO.

LEONOR. (*Delirando.*) ¿Qué estoy viendo?
¿Y qué sonido funeral retumba?
Esta espada, ese estruendo...
me advierten que sucumba,
que ya me espera la marmórea tumba.
¡Ay! ¡Su sonido grato
cómo derrama bienhechor consuelo!

El mortal insensato,
¿por qué busca en el suelo
la paz que solo encontrará en el cielo?
En los austeros muros,
en santa soledad desconocida,
los halagos perjuros
no amargarán mi vida;
tranquila viviré y aborrecida.
Sí, Alfonso, me aborreces,
siempre, siempre, traidor, me aborreciste;
pérfido, no mereces
el amor que infundiste,
sino el odio que siempre me tuviste.
Cortesana belleza,
guárdate de ceder á sus engaños,
no escuches su terneza,
mira que muchos daños
te guarda en medio de sus pocos años.
¿No le vistes un dia
los colores vestir que me agradaban,
do quiera me seguia,
do quiera que miraban
mis ojos con los suyos se encontraban?
¿No le viste á mi lado
sobre fiero bridon, tajar el viento?
¿Qué, tú no has escuchado
su tierno juramento?
Pues lo olvida el perjuro en el momento.
¡Ay! precávete ahora;
mas que me amaba á mí, no puede amarte:
cual me adoró te adora,
y presto ha de dejarte,
y, como á mí me olvida, ha de olvidarte.
Vengad, Señor, tal hecho,
llore Alfonso el desden de una traidora,
lleve dentro en su pecho
la llama abrasadora,
esta llama cruel que me devora.

DUQUE. ¡Qué funesta locura!
(*Aparte.*) La ocasion ocultemos que la inspira.
(*Envaina la espada de Alfonso que arrojó al suelo.*)

LEONOR. ¡Ay!

DUQUE. Inútil ternura,
inútil, cual mi ira.
Leonor su crimen y mis penas mira.
LEONOR. ¡Alfonso, Alfonso!
DUQUE. En tanto
olvida, mi Leonor, á tu enemigo:
no reprimas el llanto.
LEONOR. Padre.
DUQUE. Sí, está contigo
tu padre, tu mejor, tu solo amigo.
Desahoga tu pena.
LEONOR. ¿De qué sirven las lágrimas? ¿Con cuáles
la pesada cadena
de sus horribles males
ablandarán los míseros mortales?
Alivio no deseo,
no lo hay para mi mal; y aunque la dura
coyunda de himeneo
no forjárais...
DUQUE. No, dura
mi palabra inviolable.
LEONOR. ¿Y por ventura
aunque ya no durara
volviera á ser de Alfonso tan querida?
Al menos olvidára
al cruel que me olvida.
¿Acabará mi amor? Cuando mi vida.
Lo que dije no mudo;
hora me una á don Tello en los altares
indisoluble nudo,
hora tantos pesares
libre soporte en los paternos lares:
mi destino es ya cierto,
y antes que el sol comience su carrera
verá un claustro desierto
en soledad austera
sepultar mi lozana primavera.
Cantaré la victoria
contra el perjuro allí, menos amarga
me será su memoria,
la vida menos larga,
¡ay! y mas breve la mundana carga.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON TELLO *y* ELVIRA, *que vienen de la parte del castillo por el fondo; dos pages del duque los acompañan con antorchas, y vienen ademas dos camareros que traen en un azafate para que el duque se vista los guantes y el sombrero, el toison y el herreruelo con hábito de Calatrava. Elvira trae en la mano un velo blanco.*

DUQUE. (*A Leonor.*)
Alguien viene; serénate, hija mia.
LEONOR. Tranquila estoy.
ELVIRA. (*Dentro.*) Leonor.
TELLO. (*Dentro.*) Duque.
DUQUE. (*Viéndolos venir.*) Son ellos.
(*Entran todos.*)
TELLO. Todo está pronto ya: vuestra presencia
solo esperamos.
LEONOR. (*Aparte.*) ¡Ay!
TELLO. (*Al duque.*) ¿Pero qué veo?
Inmóvil como vos no está en el monte
el cazador entre las ramas puesto.
(*Habla con el duque y le ayuda á vestirse. Mientras el duque se viste, Elvira pone á Leonor el velo y pasa entre ellas el siguiente diálogo.*)
ELVIRA. (*Aparte á Leonor.*)
¿Tiemblas, Leonor?
LEONOR. (*Aparte á Elvira.*) Elvira, ¿quién no tiembla
del mal y hasta del bien cuando es eterno.
ELVIRA. Nada dura en el mundo.
LEONOR. Y sin embargo
solo dura mi fé.
ELVIRA. Pluguiese al cielo
que fuera menos firme.
LEONOR. Aun no es culpada.
ELVIRA. Pronto será sacrílega.
LEONOR. ¡Ay, horrendo,
horrendo porvenir!
ELVIRA. De ti depende
la dicha de tu padre y tu sosiego.
LEONOR. Su dicha, la tendrá.

ELVIRA. Valor.

LEONOR. ¿Y Alfonso
no sabrá mi perjurio?

ELVIRA. Ese recuerdo
aparta.

LEONOR. Cuando sepa que á otro hombre
unida estoy con santo juramento,
¿no sufrirá su orgullo?

ELVIRA. Leonor mia,
no de venganza, mas de olvido es tiempo.

LEONOR. Y cuando escuche que un rival me llama,
como él un dia me llamó, su dueño,
que yo le debo amar, que soy su esposa...;
¿no se arrepentirá, no tendrá celos?

ELVIRA. Tu morirás.

LEONOR. Pues bien, si de mi muerte
tiene, en fin, compasion, dichosa muero.

ELVIRA. Calla, don Tello viene.

LEONOR. ¿Qué me importa?

TELLO. (*Acercándose.*)
Cuán bella estais, Leonor, con ese velo.

LEONOR. El encubre mis lágrimas.

TELLO. No; brillan
como el rocio entre el capullo abierto.

ELVIRA. Es la causa el rubor...

TELLO. (*A Elvira con sequedad.*) Sea cual fuere,
que las enjugue mi cariño espero.
(*Aparte á Leonor.*)
Habladme la verdad, aun estais libre
y el duque lo estará.

LEONOR. (*Con resolucion.*) Vamos al templo,
repetidme esa oferta; y Dios acepte
mi sacrificio y el empeño vuestro.

DUQUE. (*Que se ha acabado de vestir, volviendo á la escena.*)
El altar prevenido nos espera;
vamos, Leonor.

LEONOR. (*Llamando á Elvira le da la mano.*)
¡Elvira!

DUQUE. A mi, don Tello.

ELVIRA. (*Aparte á Leonor.*)
Animo, mi Leonor.

LEONOR. Cielo inclemente,
cumple al fin tu venganza.

(*Don Tello de la mano del duque y Leonor, apoyada en Elvira, se dirigen á la capilla que se supone á la derecha del espectador; los pages van delante, los camareros siguen; y al ir á entrar, el Alcaide aparece en el fondo del teatro.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. EL ALCAIDE. *Luego* DON ALFONSO *con armadura y visera calada. Dos pages del rey que traen una arquilla.*

ALCAIDE. Un caballero
con mensage del rey al duque de Alba
pretende ver, y quiere su respeto
anunciar á vuecencia su venida
y pedirle su venia.

DUQUE. Ya le espero.

ALCAIDE. Mas parece campeon en la armadura
que legado de paz; tiene cubierto
el rostro, y como gracia solicita
permanecer asi.

DUQUE. Se lo concedo.

ACAIDE. Que prometa vuecencia no inquirirle
ni hacerle descubrir.

DUQUE. Bien, lo prometo.

(*El Alcaide hace una seña, entra don Alfonso y los pages como se ha dicho; al entrar don Alfonso saluda, da un pliego al duque, este lo abre, lo besa y pone sobre la cabeza leyendo para sí. Mientras el siguiente diálogo.*)

LEONOR. Elvira, yo no sé lo que me anuncia
mi corazon.

ELVIRA. ¿Por qué?

LEONOR. ¿No lo estás viendo?
¿No se parece á él?

ELVIRA. ¡Vana esperanza!

LEONOR. Su orgulloso ademan, su noble aspecto...

TELLO. (*Al Alcaide.*)
¿Qué será?

ALCAIDE. (*A Tello.*) No lo sé.

DUQUE. ¡Próspera nueva!
Gracias por tanto bien tributo al cielo:
libres estamos, Leonor mia.

LEONOR. ¿Libres?

DUQUE. Escuchad del monarca los decretos. (*Leyendo.*)

El rey. (*Todos se descubren.*) «Duque de Alba, primo: por cuanto por la cierta é indubitable pérdida del mi muy caro hermano el rey don Sebastian y la muerte de don Enrique (que está en gloria) me pertenecen é tocan aquellos reinos de Portugal, que en vida poseyeron.»

«E por cuanto me place añadir é juntar al derecho que sobre dichos dominios tengo por ley de sucesion, la fuerza de conquista legítima, vengo en nombraros generalísimo de los mis ejércitos que deben entrar brevemente aquellas tierras.»

«Cuando viéredes esta mi cédula, sereis puesto en libertad por el Castellano de Uceda, á quien por ella lo ordeno, y otrosí que os devuelva la vuestra espada en el nombre de Dios y el nuestro.»

«Me cumple ademas declarar que me consta vuestra inocencia é la ninguna parte que en el desacato de vuestro hijo don Fadrique tuvisteis, que asi lo tendrán entendido mis consejos é justicias.»

«Mando en fin al mensagero de mi cámara, portador de esta cédula, á cuya instancia hago la anterior declaracion, que en término de seis horas os entregue las preseas que le fueron encomendadas; y que serán prendas de las mercedes é gracias con que prometo honraros. Que asi es mi soberana voluntad. Dios os guarde. Dada en mi palacio de Madrid á los 15 dias del mes de Mayo año 1580 de nuestra redencion. = Yo el rey.»

(*Acabado de leer el decreto lo da al Alcaide, que besa la firma. Todos quedan suspensos un breve espacio, como aguardando la resolucion del duque.*)

DUQUE. Decid al rey que á su querer me humillo
porque sepa admirado el universo
que tan solo en España de prisiones
sale un caudillo á conquistar imperios.

ALCAIDE. Notable dicho.

DUQUE. En cuanto á las mercedes,
no las ha menester un caballero.
Sabe el rey mi inocencia; pues la gracia
yo soy, decidlo asi, quien la concedo.

(Alfonso hace seña á los pages, abre la arquilla, saca de ella y pone al duque la banda roja.)

TELLO. Ilustres ricos-homes de Castilla,
venid aqui á aprender.

DUQUE. Solo pretendo
saber de quién recibo esta presea;
mostrad el rostro.

ALFONSO. Nunca.

DUQUE. ¿Y qué misterio
en esto puede haber?

AFONSO, Todo.

DUQUE. Algun dia
conoceré quién sois y os daré el premio.

ALFONSO. ¡Ah!

DUQUE. Parece os molesta mi ventura.

ALFONSO. No.

DUQUE. Bien presente mi promesa tengo.
Podeis marchar.

ALFONSO, A Dios.

DUQUE. ¿Mas nunca, nunca
podré saber quién sois?

ALFONSO. Un caballero
infeliz, mas no ingrato. *(Al oido.)*

DUQUE. ¿Quién tal dice?

ALFONSO. El rey lo dice ahí. *(Señalando la cédula.)*
(Sacando de la arquilla la punta de la espada que se rompió en el desafío.)
Y aqui este hierro.

DUQUE. Dios mio, es mi contrario.

ALFONSO. Ved que es tarde
y os espera el altar.

(Alfonso da al duque el baston que habrá sacado de la arquilla, y hace ademan de marchar: Leonor le detiene, interponiéndose entre el duque y él.)

LEONOR. Ah, mensagero,
yo que no prometí de no inquiriros,
pido que os descubrais.

ZAMORA. (*Entrando, dice á Alfonso:*)
Señor, marchemos.

LEONOR. (*Con vehemencia.*)
Por la bella que amais, por la memoria
de vuestro amor mas dulce, del primero,
descubríos, señor.

TELLO. Ved que una dama
os lo manda, si sois un caballero.

ALFONSO. Sí, me descubriré: ¡mas cuánto, cuánto
os costará tan importuno ruego!
¡Ay cómo llorareis, al ver mi rostro!
Todos temed, si á todos obedezco.
Vos gozais de la paz y la alegría,
yo ni á turbarla ni á envidiarla vengo,
la libertad os traigo que os faltaba,
ni me podeis premiar, ni busco premio.
¿Pues á qué conocer al desgraciado
que no tiene mas dicha que un secreto?
Mas, pues vos lo quereis, ¿pedís el verme
por la memoria del amor primero?
¿Y esta memoria conservais vos misma?
No; ya miro la antorcha de himeneo
brillar en el altar, y mi presencia
la apagará tal vez, tornará en duelo
esta pompa: perjura, en algun dia
te conocí, te amé, pasó aquel tiempo,
y ya no te conozco, Leonor, tiembla;
se acabó tu ventura y mi silencio.

(*Alza la celada; Leonor da un grito de horror, y viene al proscenio; el duque y Alfonso quedan un momento inmobles en presencia uno de otro. El duque vuelve los ojos á Leonor, y tiende la mano á don Alfonso: este se echa en sus brazos.*)

LEONOR. ¡Ay!

DUQUE. Alfonso.

ALFONSO. Señor.

DUQUE. Esta es mi mano:
tú venciste. (*A Leonor.*)

ALCAIDE. (*Señalando al duque.*)
Mirad un caballero;
la hidalguía es virtud. (*Vase por el fondo.*)

TELLO. (*Llamándola.*) Leonor.

LEONOR. (*Viendo al duque y Alfonso abrazados.*)
Deliro;
no me cureis jamas.

DUQUE. No, todo es cierto.
Quien recibe merced de su contrario
á perdonar se obliga. El que mi acero
me devuelva, hija mia, ya lo dije...—
siendo su amigo yo cumplo mi empeño.

ALFONSO. Otro nombre mas dulce vuestros labios
me dieron algun dia.

DUQUE. Vos, don Tello,
la mano de Leonor tendreis no obstante,
que aun dura mi palabra.

TELLO. Os la devuelvo:
cierva que ya del cazador herida
cae á mis pies, á quien la hirió la cedo.
Y quiero en vez de cándida paloma
fiero alcotan entre las redes preso,
mas que encontrar por dulce compañera
una helada muger. Y en prueba de ello,
este título honroso, Leonor mia,
que os da la entrada hasta el alcázar regio,
(*Saca un papel ó diploma con un sello, y lo da á Leonor.*)
y en prósperas albricias de mi enlace
cual regalo nupcial cedió á mi afecto
doña Ana de Mendoza, yo os le rindo.
(*A Alfonso.*) Presentádselo vos como su deudo.

LEONOR. (*A Alfonso.*)
¿Deudo sois de doña Ana?

ALFONSO. Sí.

LEONOR. Muy tarde
lo llego yo á saber.

ALFONSO. ¿Pues no os dijeron
hoy mismo que os buscaba?

LEONOR. Sí; mas otro
con ese mismo título...

TELLO. Ya entiendo.

ALFONSO. Fué villanía.

LEONOR. No, sino desgracia.

ALFONSO. Pues bien, ya estoy aqui; firme mi afecto
como mi acero está. ¿Y el tuyo?

LEONOR. ¿Y dudas?
Cuando por tu abandono y mi silencio
á otro mortal mi mano prometia,
indeleble tu amor guardé en el seno.
(*A Tello.*)
Perdonadme, señor, y desde el ara
nupcial...

TELLO. Muy bien.

LEONOR. Corriera al monasterio.
Ya que tornas á mí, ya que tu olvido...

ALFONSO. Leonor, invoco por testigo al cielo,
que nunca te olvidé, bien de mi vida.
Lo juraré ante Dios.

ELVIRA. (*A Leonor.*) ¿No lo estás viendo?
Todo se muda.

TELLO. T tanto.

ALFONSO. ¿Qué deciais?
Leonor será mi esposa. ¡Ay del que necio!...
(*Poniendo la mano en la espada; Leonor le detiene.*)

TELLO. Ya le conozco, y si quereis decirme
(*Reconviniéndole.*)
que ganareis mi dama cual mi acero...

ALFONSO. (*Sacando la espada rota.*)
Quiero decir que aun el acero salta
si no lo sabe manejar su dueño.

TELLO. Para vencer rebeldes lusitanos
guardad tanto valor y tanto ingenio.
Entonces me tendreis á vuestro lado
matando mis contrarios como ciervos,
que es facil por mi rey y por mi patria
ciudades conquistar, provincias, reinos;
pero ganar el corazon esquivo
de una muger, con mi valor no puedo;
gane al menos en vos un noble amigo,
pues mas que el alma en mi Leonor os dejo.

LEONOR. Vos sereis siempre amigo... no, tú hermano
serás de Alfonso y mio.

TELLO. ¿Ni cuál premio
á este podrá igualar?

LEONOR. ¡Alfonso amado!

ALFONSO. Mi Leonor, tanto bien apenas creo,
que el alma á las desdichas avezada

crédito niega al bien que está sintiendo.

(El Alcaide entra con la espada en la mano; la de Leonor, y dice al duque:)

ALCAIDE. Dios la bendijo, el rey os la devuelve:
vuestra hija os la ciña.

LEONOR. Antes pretendo
me jureis vuestra union aqui, en la espada
que es tambien el altar del caballero.

TELLO. *(A Alfonso, estendiendo la mano sobre la espada.)*
Yo juro ser tu hermano en la pelea.

ALFONSO. Y yo lo juro.

DUQUE. *(Arrancándola desnuda.)*
Y yo. Que al fin la tengo:
vuelve á mi mano, vuelve sin mancilla,
y antes de un año la tajante proa,
dando en tributo á la española orilla
diamantes de Ceilan, plumas de Goa,
saludará la enseña de Castilla
en los rendidos muros de Lisboa,
y el Tajo entrando al mar proclame ledo
al mismo rey que saludó en Toledo.
Ven, santa compañera; y tú, Dios fuerte,
Señor de las batallas, haz que esgrima
tu soberana diestra el hierro inerte.
Mi anciano brazo con tu soplo anima,
y al vestir la armadura de la muerte
esta sea la cruz que lleve encima,
(A Alfonso.)
y quien me la ha devuelto, en la pelea
su brillo guarde y su heredero sea.
Sí, su heredero; estampa mis azules
jaqueles de Tarifa en los pendones.
Sí, corona ducal, manto de gules,
son, hijo mio, efímeros blasones;
no por bajo temor al vicio adules;
ya ves como no manchan las prisiones,
y solo sabe ser grande de España
quien nunca el brillo de su nombre empaña.

FIN DEL DRAMA.